

un inmenso y silencioso erial bajo la bruma. De nuestra vecina España, nada sabemos. ¿Quién conoce ahí los nombres de Pereda y de Galdós? La literatura inglesa, incomparablemente más rica, más viva, más fuerte y más original que la de Francia, es tan ignorada, a pesar de que generalmente sabemos inglés, como en los remotos tiempos en que veinte largos y fatigosos días eran necesarios para ir de Lisboa a Londres. Hace algunos años, un personaje, un político, un hombre de Estado me preguntaba, con aires de suficiencia y de superioridad:

– ¿Allá por Inglaterra hay algún tipo de literatura?

Y muy recientemente un hombre extraordinariamente culto, que conoce perfectamente el inglés, me decía:

– Con respecto a la literatura, me imagino que debe ser algo muy brillante y espléndido, pero, a excepción de Dickens, que murió hace veinte años, no puedo citar un solo nombre, y de ningún otro puedo citar ni una sola línea.

Y sin embargo, no es curiosidad lo que nos falta. Pero estamos pegados a las faldas de Francia, como a las de una vieja amante, a la que nos encadenan el vicio y la costumbre, y de quien no osamos separarnos, para irle a hablar a una mujer más interesante y más joven. Hace ya tiempo, en la corta distancia que separa el Rossio²¹ del Loreto²², fui asaltado por seis o siete personas, que me agarraban del brazo, que me arrastraban hasta una esquina, para preguntarme ansiosamente: «¿Quién es una tal Rhoda Broughton que escribe novelas?» Iba yo a indignarme, pensando que esto era una *scie* montada contra mí, cuando me enteré de que el *Figaro* de la víspera traía un artículo sobre la graciosa y aguda creadora de *La familia Maubrey*.

De la rica y grande literatura de Alemania, podemos decir, como mi amigo: ¡ni un nombre que citar, ni una línea que recordar! Y si ahora conocemos algunas novelas rusas, es porque «están de moda» en el *Boulevard*.

Pero, pregunto yo, ¿este *collage* con Francia, esta imitación, esta preocupación por Francia, es una tendencia fatal, necesaria, de temperamento, de filiación, de similitud, a la que no podemos escapar, como

²¹ *La Praça do Rossio es el núcleo principal de la Baixa y uno de los espacios urbanos más citados en la novelística queirosiana. En el lado occidental se encontraba la casa de los padres del escritor.*

²² *Largo do Loreto, desde 1925 Largo do Chiado. Aquí se sitúan la casa Havanesa y el desaparecido Hotel Alliance.*

Dinamarca no puede escaparse de imitar a Alemania, o como Bélgica no puede liberarse de imitar a Francia? No lo creo. El danés es un alemán desteñido. Bélgica es una edición barata de Francia. Pero no hay ninguna similitud de temperamento, de carácter moral entre nosotros y Francia. Nada más diferente de un francés que un portugués. No puedo comprender qué satisfacción, qué gozo pueda hallar el espíritu portugués en nutrirse, en impregnarse de las creaciones del espíritu francés. Francia es un país de inteligencia, nosotros somos un país de imaginación. La literatura de Francia es esencialmente crítica; nosotros, por temperamento, amamos sobre todo la elocuencia y la imagen. La literatura de Francia es, desde Rabelais hasta Hugo, social, activa, militante. La nuestra, por tradición e instinto, es idílica y contemplativa. No es sólo por una fría imitación de Teócrito y de los bucólicos latinos por lo que nosotros, desde Rodrigues Lobo²³ hasta los elegíacos de la Arcadia²⁴, amamos las églogas pastoriles: es porque somos realmente un pueblo que se complace en estarse quieto entre las choperas, en ver correr las dulces aguas, pensando en cosas de melancolía. Fuimos a la India, es cierto, pero han pasado casi tres siglos y todavía estamos descansando, derrengados, de aquel violento esfuerzo al que nos obligaron algunos aventureros que tenían muy poco del fondo común de nuestra raza, y que, a juzgar por Afonso de Albuquerque²⁵, debían ser de origen fenicio, puros cartagineses, tal vez de la familia de los Barcas. En fin, que el símbolo de Francia será eternamente el gallo, el gallo petulante y lustroso que canta claro, con una limpidez de clarín, en el fresco arrebol de la mañana, y nuestro emblema es y será eternamente el ruiseñor, que gime en la espesura mal iluminada de las arboledas, el ruiseñor «amoroso y pesaroso» que hace llorar a Bernardim²⁶.

El alma de un pueblo se define muy bien a sí misma por los héroes que escoge, para amarlos y para rodearlos de leyenda. El gran rey de los franceses, es y será siempre Francisco I, enorme, robusto, ligero, que ríe en voz alta, que pelea con valentía, que ama con mayor valentía

²³ *Francisco Rodrigues Lobo, poeta portugués (1573/74 -1621).*

²⁴ *Academia literaria portuguesa de la segunda mitad del siglo XVIII, cuyo objetivo era el retorno a los estilos y géneros de inspiración grecolatina o del renacimiento portugués. Fue la primera academia en aceptar que no se utilizara la rima. Los principios de la Arcadia fueron más tarde retomados por la Nova Arcadia de Curvo Semedo.*

²⁵ *Militar portugués (1462-1515), fue virrey de la India. Gracias a su labor como estratega militar y diplomático, se crearon las bases del Imperio Portugués de Oriente.*

²⁶ *Bernardim Ribeiro, poeta y novelista portugués de los siglos XV y XVI. Poco se sabe sobre su biografía. Fue el iniciador de la poesía bucólica, es autor de Menina e Moça y de una considerable obra lírica.*

aún, radiante, que goza generosamente de la vida, poeta en algunos momentos, artista por ostentación, y conversador eterno... Nuestro héroe genuino, y esto lo resume todo, es el poético y pensativo Don Sebastián²⁷.

Ahora bien, si ninguna afinidad de ideas, de sentimientos, de naturaleza, de temperamento, nos une irremediablemente a Francia, ha de resultarnos fácil, sin duda, el separarnos de ella, sin que se desgarran las mismísimas raíces de nuestra sociedad. Sólo estamos unidos a la superficie, somos un parásito. Y si nos desprendiéramos de ese gran cuerpo de donde chupamos para vivir, podríamos, sin adelgazar demasiado y sin deterioro de nuestro organismo, ir a buscar en otro cuerpo social la vida de nuestro espíritu. Como parásitos prudentes, y el portugués es prudente, podemos tal vez preguntarnos a nosotros mismos, si nos conviene continuar chupando la piel francesa, y si ésta ofrece realmente todos los elementos de una alimentación suficiente para que, como una pulga obstinada que pica el seno reseco de la osamenta de una vieja, donde ya no hay ni savia ni sangre, no nos quedemos moriendo y chupando donde no hay sangre ni savia que nos alimente.

Es hora, pues, de considerar si nos conviene, como *table d'hôte*, la literatura de Francia, a nosotros, parásitos, que en cuestiones de literatura y de todo lo demás, vamos a comer a las casas ajenas. Resueltamente digo que no nos conviene. La literatura francesa, en este último cuarto de siglo, sufre de un oscurecimiento, de un ocaso de sol entre las nubes, del que su genio saldrá sin duda más radiante e iluminado; pero por ahora sólo hay en ella una gran sombra que pasa. De arriba abajo, de las regiones del alto saber y del alto pensar hasta la literatura del *Boulevard*, hay un debilitamiento, un desequilibrio, un enervamiento, que por un lado lleva a la extravagancia, y por el otro a la banalidad. ¡Extravagancia! ¡Banalidad! El grande, luminoso, exacto, crítico espíritu francés, está oscilando ahora entre estos dos defectos sobre la línea de la creación literaria, bien dando saltos grotescos con el desagradable Richepin, bien extendiéndose, chatísimamente, longitudinalmente, con el detestable Ohnet. Véase la más alta figura literaria de Francia, y la más francesa: Renan. Espíritu de la más refinada y sutil agudeza críti-

²⁷ Monarca portugués (1554 – 1578), conocido como «el deseado». Su muerte en la batalla se Alcazarquivir hizo surgir el mito del sebastianismo, corriente que afirmaba que don Sebastián no había muerto en dicha batalla, y que volvería para restaurar la independencia del reino (bajo dominio español desde 1580). Otros ven en el sebastianismo el deseo del regreso a una gloria nacional perdida, independientemente de la figura de don Sebastián.

ca, saturado de saber, en posesión de la más luminosa y bella de las lenguas, con lo mejor de Racine y lo mejor de Voltaire en sus manos, pero con algo más aterciopelado y más acariciador, que seduce, que irresistiblemente arrastra el alma, ¿qué enseña, hoy, este Maestro, este francés, que impera con la doble influencia de la fina crítica y de la forma perfecta?

Este Maestro nos enseña sencillamente que nada en la tierra tiene valor o importancia, más que los gozos de ofrece el amor, o el olvido que proporciona la muerte. Ciertamente, en buena filosofía, las dos cosas están relacionadas: la muerte y el amor; aquí hay una gran lógica. Pero no por ello deja de ser el más grave síntoma de la decadencia intelectual de Francia que este Maestro, este sabio, no abra los labios ni coja la pluma más que para mostrarnos alternativamente la alcoba o el cementerio. Y si descendemos de Renan a la gran masa de la literatura, la desorientación es aun más señalada. En la novela, que es la forma preferida del arte moderno, vemos más que en ninguna otra la banalidad y la extravagancia, instintivamente usadas para los dos grandes fines, para los dos grandes objetivos de todo el esfuerzo parisiense: ganar dinero y asombrar a la galería; el beneficio o la vanagloria. Dentro de la banalidad, con mejor o peor criterio (ya que es tal el refinamiento moderno que incluso en la banalidad hay que hacer distingos), tenemos dos o tres individualidades que dan el tono mientras las de detrás afinan. Tenemos al señor Ohnet, al mediocre señor Ohnet, que gana cientos de miles de francos, que construye, con pluma fácil, para uso de una amplia democracia igualitaria que tiene un fondo de educación aristocrática, escenas burguesas, donde propietarios de fraguas, contratistas, dueños de almacenes de retales, donde toda una clase industrial, aparece con los sentimientos de caballería, orgullo, heroísmo y romanticismo, que esa pequeña burguesía estaba acostumbrada a admirar secretamente en la clase aristocrática, en la gente de espada y privilegios, en los *grands seigneurs*. Tenemos después al señor Bourget, un parisiense con un ligero toque de inglesismo, como pide la moda, que lleva hasta el Faubourg Saint Germain, en un fiacre, sus métodos psicológicos, de una psicología que huele bien, que huele a opopánax y dándose un aire infinitamente profundo, agita los corazones y las sedas de las señoras, para revelarnos secretos que todo el mundo sabe, con un estilo que todo el mundo posee.

Por otro lado, gesticulando violentamente, hay un pequeño grupo de extravagantes, que se contuercen, que se fatigan para encontrar algo inesperado que haga que se detengan los *badauds* en el *Boulevard*, a